

Poemas de la Tierra y del Tiempo

(y otros cantos de
lírica esperanza)

Por Juan MORALES ROJAS

CINCO SONETOS

(Con barroquismo
levemente irónico)

I) ALBRICIA EN EL VIRAR

Albricia en el virar de la poterna
Que el aluvión enturbia de la calma
Y el trampolín telúrico del alma
Y el mirífico agraz de la galerna.

El rocío y el rey que no gobierna
Y el látigo a la rosa que no encalma;
Cuando el bramido fiel la luz empalma
Y un mosquetero en tres muere en la terna.

Sapiente faz en el azor templada,
Esgrima en clavicordio encuadrada,
Absurdo irreal que muere en los pensiles...

Y yo después y por matar el tedio
 Voy a brindar bebiendome un buen «medio» (1)
 De Aguilar, de Montilla o de Moriles.

II) CENTELLA DE ORFEON

Centella de Orfeón, lira de Homero
 Y Baco, flauta y sol, rey de la viñas.
 Coronadas de brújulas las niñas
 Le brindan sed al polvo del sendero.

Un son salino duerme en el estero.
 En el pinar madúranse las piñas,
 Y el orfeón eólico cantañas
 Le va burlando el canto del arriero.

Arista rubricada, vuelo de ave
 Que del arco murió junto a la clave
 Con un ala de vientos, bella y rota.

Y como avanza caluroso el día,
 Con el jamón, al iniciar la orgía,
 No hay más remedio que empinar la bota.

III) ESCANCIA RITMO

Escancia ritmo grave en fuerte abrojo;
 Uñas de risa clávale al gigante;
 Róbale Europa al peso del atlante
 Y echarás a la muerte tu cerrojo.

Fuego de Polifemo por el ojo
 Ardiente en su volcán exuberante.
 Ceres sonrie a Apolo en el instante
 En que su gérmen vuelvese rastrojo.

¡Oh, los seres de Góngora y Argote
 Que rubrican centellas de estrambote
 Entre sus Soledades y destinos...!

(1) Medida de vino.

Prefiero, por lo rojo de su hechizo,
 Con tierno pan, un trozo de chorizo
 Y el campo solitario oliendo a pinos.

IV) CITARON DEL ALMA

El citarón del alma en la negrura.
 Rubí de amor que quiebra en la falseta.
 La esfinge y el secreto del esteta
 Y un vuelo audaz en linfa de amargura.

Muere la luz sedienta de blanca
 Lúbrica inspiración en el poeta
 Y en el tormento atroz la tarde quieta
 Se vuelve en un volar de siglos pura.

El césped equilátero en el suelo;
 El infarto pendiente del señuelo
 Y eclosión de satanes y de mitos.

Lejos suena aquilón que desafina
 Y en la taberna que hay junto a la esquina
 ¡Voy a comer jamón con huevos fritos!

V) NACIO DE UNA ESPERANZA

Nació de una esperanza soterrada
 La primordial visión de aquel anhelo.
 Y despojó a la estatua de su velo
 Con la febril sustancia apasionada.

Quedó la barca de su sueño anclada.
 Brisa de nardos aplastó en el suelo.
 Y su espíritu al paio por el cielo
 Se diluyó en la tarde desmayada.

Mi ser desdibujose en lejanía.
 La paz se meendió al venir el día.
 Mi duda naufragó junto a la orilla.

Y cargando la alforja a la potranca,

Me puse una camisa limpia y blanca
Y me marché a los toros a Sevilla.

**OTROS SONETOS DE LA TIERRA,
DEL TIEMPO DE...**

VI) VERDAD

De todos los caminos, la Paciencia.
De todas las veredas, la Dulzura.
Escalera celeste, la Amargura.
El mejor de los jueces, la Conciencia.
El más fragil tesoro, la Existencia.
El perfume más breve, la Hermosura.
El más grande embustero, el que más jura.
La absoluta Verdad, Dios que es la Ciencia.

La más firme amistad, Libro y Camino.
La mejor melodía, la del trino.
El más fiel aliado, la Verdad.

La más bella canción es la del Viento.
La tempestad el más terrible acento.
Lo más cercano a Dios, la Soledad.

VII) SILENCIO EN FERIA

¿Donde, amada quietud, pusiste el nido
De tu silencio blando en este día?...
Enterrando a la pena la alegría
Se ahoga tu silencio en el ruido.

¿A dónde fuiste, corazón huído?
¿En qué tupida niebla de poesía,
En qué lentisco de la serranía
Tu timidez, silencio, has escondido?

Huiste de los patios y las fuentes
Acariciado siempre en las rientes
Y sonoras cascadas de agua pura.

Pero tú, mi silencio, eres celeso
 Y prefieres huir, lento y gracioso,
 Mientras el pueblo grita su locura.

VIII) INSPIRACION

Por si quieres venir, mi amor te espera...
 De la cuartilla abierto el blanco lecho...
 Hay ardor en mi frente y en mi pecho
 Una inquieta ilusión de primavera.

Ya sabes que el que espera, desespera
 Y que el tiempo perdido no aprovecho.
 Ven pronto, Inspiración, que estoy deshecho
 Por sentir tu aletear aquí a mi vera.

Quisiera que hoy me hablaras de las flores,
 De los tímidos pájaros cantores,
 Del campo oliendo a heno enfebrecido,
 Del caminar besando las encinas
 Sintiendo que conmigo tu caminas...
 Inspiración... ¡ya noto que has venido!

IX) SIESTA DE MAYO

Pasa el arroyo fresco y rumoroso
 Que salmodia su amor, junto a la higuera...
 Un ruiñeñor cercano a su ribera
 Su pico de oro moja silencioso.

Es la siesta de Mayo... El oloroso
 Huerto, oreado en dulce Primavera,
 Incertidumbre inquieta de quimera,
 Temblor de un corazón impetuoso,

Convierte en brisa de alma que suspira,
 Y en la límpida guzla que delira
 En la divina tarde en la enramada,
 En cortos remolinos de arroyuelo

Se desliza un jirón azul de cielo
Sobre la dulce linfa enamorada...

X) SONETO DE VERANO

Dame un tomate fresco, grande y rojo
Donde clavar el ansia de mis dientes.
Y aceite para el pan... verás si sientes
Envidia al ver con qué fruición lo mojo.

Observa el vino tinto a quien acojo
Con un ceremonial sin precedentes.
Refresqué la botella en las rientes
Aguas del río a donde yo me arrojo.

Y con tomate, pan, aceite y vino
Le obsequio a mi gacnate el más divino
Manjar que yo me zampo cara al cielo;

Tumbado en la bucólica y sencilla
Menuda arena de cualquier orilla
De cualquier manso y tímido arroyuelo...

XI) SONETO DE VERANO

Las perlas que transpiran de mi frente
Y que alcahuetas de mi sed aclaman
A los cuarenta grados que derraman
Rigor canicular, duro y ardiente.

La rana en el arroyo y en la fuente
Las avispas que liban y se aman.
Las solistas chicharras que proclaman
En la siesta su ardor más estridente.

Aspera en su quietud, lechosa higuera
Que almacenó su miel en primavera
Y bajo cuyas ramas sólo exijo

En la tarde la noche y la mañana
La húmeda y dulce panza soberana
Que pare el agua fresca del botijo.

XII) HUMILDAD

Qué pena ambicionar lo que tú tienes.
Qué desgracia tener lo que no quiero.
Conocer la verdad siendo embustero
Y no tener salud teniendo bienes.

Y no pensar jamás de donde vienes.
Y siendo lobo aparentar cordero.
Amar la libertad, ser prisionero
Y ver nevar los años en tus sienas.

En la paz de tu vida está el misterio.
Desde la tierna cuna al cementerio,
Mira que tus pisadas en el suelo.

No tronchen vidas ni marchiten flores;
Vé por el mundo repartiendo amores
Y con los ojos puestos en el Cielo.

XIII) AÑO NUEVO

Un año nuevo es una fecha incierta.
Una ilusión de la que no sabemos
Si el fondo de su vaso apuraremos
Ni si al final tendremos vida cierta.

Será para el invierno cosa muerta.
Quizá su primavera gozaremos;
Seguro que algún día lloraremos;
El bien o el mal nos abrirá su puerta.

Y un año al fin, epílogo en la Vida,
Nos besará la frente dolorida.
Nos cerrará los ojos dulcemente...

Y nos hará partir con rumbo cierto:
Al cementerio, nuestro cuerpo muerto...
Hacia el Creador el alma, eternamente...

XIV) BENDITA SOLEDAD

Siento el volcán terrible de lo ignoto.

La ardiente fragua del vivir yo siento.
Y en la tierna elegía de un lamento
Sorprendo el corazón a veces roto.

Mis nervios son como álamos de un soto
Que en la tarde se agitan con el viento
Al escuchar los silbos de su acento
O al volar los conejos por el coto.

Bordear y subir por la ladera,
Llenar el corazón de Primavera,
De soledad del campo que no engaña.

Olvidar la ciudad con su mentira.
Que me acompañen, al sonar mi lira,
Mi perro y mi bastón por la montaña.

XV) EL ULTIMO BRINDIS (Linares)

Despacio llegas a brindar la suerte...
Vas a brindarle a Dios tu último toro.
Despídete del sol que arde en el oro
De tu cairel que ronda ya la muerte.

¡Aprisa, que la fiera quiere verte!
¡Que por verte pagó, dice, un tesoro!
¡Arrimatel, te están gritado a coro...
Ya en las pupilas tu dolor se advierte.

Ya vas a ser el ídolo caído.
La furia de la plebe te ha vencido.
Si acaso alguna pluma bien cortada,

Pueda escribirle al libro de la historia.
Que quisiste morir, lleno de gloria,
¡Dejándote la vida en la estocada!

XVI) ESTUDIO DEL ESCULTOR JUAN POLO

Estudio de escultor. Sueño y quimera
De oloroso cipres, entre las manos

Del escultor Juan Polo, los arcanos
 Secretos va dejando la madera.
 La gloria azul del pueblo en Primavera
 Besa la piel del árbol soberano
 Que dio su carne para hacer humano
 A un Dios que, por nacer, la gubia espera.
 Taumaturgia del arte en tus figuras.
 Copiaste el resplandor en la alturas
 Y grabaste en el árbol lo que has visto.
 Yo me imagino, Juan, que es la divina
 Inspiración, la gubia peregrina
 Que te hace convertir madera en Cristo.

GAÑAN ANDALUZ

**A la memoria de Cristóbal
 Romero Real, gañán andaluz
 y gran poeta.**

XVII

De la campiña, trovador poeta;
 Tierras de Fernán Núñez te crearon.
 En campos que tus manos trabajaron
 Florece, azul, la gracia del esteta.
 ¡Qué dulce sortilegio de falseta
 No enseñada por nadie, te inspiraron
 Los pájaros, las flores que brotaron
 Plenas de versos en tu tierra quieta.
 ¡Cómo te admiro, solitario rudo!
 ¡Cómo te envidio, emperador del viento!
 ¡Cómo te evoco, forjador de rimas!
 Avida de cultura tu alma pudo
 Subir la cumbre del conocimiento
 De la Poesía hasta sus altas cimas.

XVIII

La brisa ardiente que las mieses dora
 Y amante las perfuma y acaricia,
 Conoce bien la muerte abrasadora
 Que espigas siega al sol de la injusticia.
 Sufre hambre cruel y sed torturadora.
 Gañán a quien explota la avaricia.
 ¿Qué sabe de la Mano Redentora
 Tu explotador?... ¿Qué sabe de justicia?
 ¡Arráncate la piel en la panera!
 ¡Que en cada espiga esté tu vida entera!
 Tú naciste, gañán, entre los chicos...
 Bebe las aguas del dolor, salobres,
 Que aún en el mundo hay demasiados pobres,
 ¡Que aún en el mundo hay demasiados ricos!

DIPTICO**A mi hijo Juan****XIX - A**

He caminado a ciegas por la oscura
 Senda que me trazara mi destino...
 He caminado a tientas, peregrino
 Que sólo busca, al fin, la sepultura.
 Soñé despierto en una peña dura
 Recostado, conforme con mi sino
 Y bendiciendo el látigo divino
 Que mi sien azotó hasta la locura;
 Pero voy a luchar contra mi suerte,
 A romper las amarras de la Muerte
 Y a beber en las aguas del Amor:
 Que he sabido que tengo libre el alma
 Y con las rosas de mi vida en calma
 ¡Voy a enterrar la pena y el dolor!

XX - B

¡A escanciar el silencio de mi pena

En la copa sin fin de mi amargura...!
 ¡A caminar sin norte a la locura
 De creer que ya he roto mi cadena!
 Brota del temple de mi fragua plena
 Un fuego de soberbia que fulgura
 Y que se apaga con tu gloria pura...
 ¡La gloria de tu voz que en mi resuenal
 En alta mar tu brazo no me alcanza;
 Pero tu eres mi faro de esperanza
 Y llega a mí la luz de tu candor.
 Y a tu sonrisa celestial de niño
 ¡Alba de Arcángel! Todo mi cariño
 ¡Le ofrezco envuelto en lágrimas de amor!

XXI) C O R D O B A

La centenaria piedra al sol dorada;
 Bética Madre en quien florece el río.
 Campiña que arde al fuego del estio;
 Jara, espliego y tomillo, cumbre alada.

Por la cultura, tú, romanizada.
 Por el Corán se pierde tu albedrio.
 Te libra el fuego de la Cruz del frío
 Teológico sentir, cristianizada.

Risueña en tus viñedos y olivares,
 Poetas te coronan de cantares,
 Prudente y sabia en tu filosofía.

Y entre callejas, plazas y rincones,
 Un cante jondo enciende corazones
 Y brota del nocturno tu Poesía.

XXII) A MARCOS REDONDO

¡Esa voz! ¡Esa voz inextinguible
 Que conquistó, al cantar, lo inconquistable!
 Para esa voz, obstáculo invencible
 No se encontró... ¡Qué voz, tu voz amable!

Ardió en tu corazón ansia implacable
 Y fuiste ruiseñor indefinible...
 De tu trino olvidarse es imposible...
 La emoción de tu voz, inexplicable.

Hoy que hasta la guitarra han disfrazado
 Y un carnaval de sordos con bemoles
 Han despreciado nobles instrumentos,

Vibra tu voz en el recuerdo amado.
 ¡Voz que no morirá! Los españoles
 ¡Guardarán para siempre sus acentos!

EN LA CUMBRE DEL MONTE Y OTROS POEMAS

I

EN LA CUMBRE DEL MONTE

¡Subir bordeando la abrupta montaña!
 ¡Sentir del ascenso la marcha triunfal!
 ¡Beber de los pinos los acres aromas
 que llenan el pecho de savia y de vida!
 La flor de la humilde retama,
 los líquenes verdes que bordan las peñas
 de pátina antigua...
 Un mirlo que bebe en la linfa del manso regato;
 cabras plañideras que tañen esquilas;
 orgullosa pompa de robles arcáicos;
 ¡Sentir en el alma la marcha triunfal
 del ascenso, la savia, el pino y la vida!
 ¡Arriba! ¡Qué cielo tan puro y diáfano!
 ¡Qué ardiente la hoguera tremenda del sol!
 ¡Qué grato el silencio del campo, tan sólo turbado
 por estos latidos de mi corazón!
 ¡Arriba! ¡Canciones del viento y del agua!
 En versos viriles de hierro
 las arpas eólicas cantan.
 Mi alma es un águila que reina en el viento.

Volando, serena, quisiera perderse en las nubes;
 y allí, junto al trono de Dios con los siglos,
 quedarse posando sus garras del monte en la cumbre.
 Perderse en el monte, perderse en el viento.
 —¡Ser viento, ser monte!—
 ¡Bajo la tremenda candela del sol!
 Y arriba... ¡Silencio!... Silencio del campo
 tan solo turbado por estos latidos
 de mi corazón.

II

ROMANCE DEL REBAÑO DE OVEJAS

Los jirones de las nubes
 se han disfrazado de nieve.
 Van decorando la sierra
 tan dulce, tan lentamente,
 que ni el rebaño lo nota
 ni los pastores lo advierten.
 Ya no es brisa el aire frío.
 Ya la tarde de Diciembre
 tiembla entre los resplandores
 blancos, blancos de la nieve...

—¡Vamos aprisa, corderos!
 ¡Vamos, que la noche viene!...
 ¡Vamos que falta un «güen» rato
 «pa» los establos calientes!
 ¡Vamos aprisa, corderos!
 ¡Rediez, que frío se siente!
 ¡Vamos, corderitos míos,
 que la vereda se pierde!

Sobre la blanca campiña
 la luz de la tarde muere.
 Sobre los campos pelados
 sigue cayendo la nieve,
 haciendo los blancos copos
 ruido süave y ténue

Me voy al campo que está
 Dios en la hora solemne.
 Ve voy al campo que un ángel
 para mí el véspero enciende.
 Me voy a la paz del lago
 donde la cascada vierte
 un sortilegio de perlas
 y de frescura riente.
 La girándula del agua
 y las soledades verdes.
 Trás la huella de mis pasos
 de ayer, de hoy, de siempre...
 Pasos que ya dejé muertos,
 pasos que nacen y vienen,
 tras la senda del recuerdo,
 por la senda del presente.
 Y cuando caiga vencido
 el incendio del que muere
 y agudos grillos cantores
 se batan con alfileres,
 yo seguiré mi sendero
 de soledades agrestes
 junto a las olas del lago
 recién nacidas, muriéndose...
 Y Dios estará esperándome
 solo, en la hora solemne...

IV

UN LARGO VIENTO

Un largo viento de caminos viene
 azuzado hacia mí, loco de espacios.
 De las nubes, del sol y de las flores
 y del heno dormido sobre el campo.
 Este viento fugaz, viento con prisa,
 se trajo su perfume entre los brazos,
 Un viento de montañas coronadas
 cuyo aliento bajó hasta los barrancos.
 Viento para lamer, puro y agreste,

el salitre reseco de mi labios.
 Cuando en el manto de la lluvia envuelto
 viene, de cumbre en cumbre, sollozando
 y descansa en el lecho de los pinos
 en un soñar de fatigados zancos.
 Cuando se vuelve niño en la alameda
 y se mece suave entre los álamos
 y juega en la rizada superficie
 del lento discurrir del río abajo...
 Cuando trémulo llama en los cristales;
 cuando acecha en la esquina agazapado;
 cuando lleva el mensaje a las cabañas
 de que los lobos bajan hasta el llano.
 Cuando apaga la lumbre a los pastores;
 cuando las nubes lanza en el espacio;
 cuando en sus manos invisibles crujen
 de la divina cólera los látigos...
 Viento de siglos que mi frente oreas;
 tú que besaste al criminal y al santo,
 recibe mi plegaria de poeta.
 ¡Oh, viento de caminos al que amo!
 ¡Oh, viento de enramadas al que espero!
 ¡Oh, viento de montañas al que canto!
 Trae a mis labios, viejo caminante,
 el suspirar de mis antepasados,
 el aliento postrero de mi madre
 y aquella brisa que besó su tránsito.

IV

V

UN LARGO VIENTO

ELEGIA DE LOS LABIOS MUERTOS

Dice una copla embustera
 «que to muere con el tiempo»,
 pero otra coplilla dice
 que «la ausencia es como el viento,
 que si apaga el amor chico
 aviva del grande el fuego».
 Yo quiero un puñal de ausencia
 que apuñale mis recuerdos.

Un año ya que bajaron
su cuerpecito moreno
a la boca del terruño
que la devora en silencio.
Un año ya que mis labios
bebieron su último beso
mientras sus brazos crispaban
la agonía de mis nervios.
Un año que agonizaba
bajo un Cristo velazqueño
con dulces temblores que
desmadejaban su cuerpo.
La luz de mayo filtraba
por el ventanal abierto,
los nardos de su sonrisa,
el romeral de su cielo,
la lujuria de sus fuentes,
el vaho de sus alientos,
el teñer de sus esquilas,
el resplandor de su véspero
y una musiquilla grata
desde los arroyos frescos.
La luz de mayo jugaba
con perfidia entre sus senos,
entre sus ojos sin brillo,
entre sus labios sedientos
y entre la cruz mortecina
de sus afilados dedos.
El atardecer de mayo
trajo la muerte a su lecho.
Un año ya y me parece
que ante mis ojos la tengo,
¡Cómo se pasan las páginas
del breve historial del tiempo!
De pronto un soplo de brisa
le alborotó los cabellos...
En el borde de la cama
yo me tragaba en silencio
la lava de mil volcanes

que estallaban en mi pecho.
Por última vez su mano
jugueteó en mis cabellos.
Lenta y cansina la muerte
le subía por los dedos.
En el vuelo de un suspiro
sus labios se me ofrecieron
y ¡besé!, ¡besé furioso!,
besé con ardor, con celos
de la muerte que venía
a arrebatarme sus besos;
con pasión, con desvario,
igual que un loco en acecho,
besé sus labios en un
terrible beso postrero
sin sentir sombras con brillos
afilados de luceros,
ni claros de luna, ni
frialdad de besos muertos.
No sé cuanto tiempo estuvo
mi cuerpo junto a su cuerpo.
No sé si estuve soñando.
No sé si estuve despierto.
No sé si estuve en la gloria
o en las llamas del infierno...
Yo sólo sé que... de pronto
¡note sus labios de hielo!
Que en el soplo de un segundo
se me cayó el firmamento
como una tromba de estrellas
que sepultara mis sueños.
¡Y grité al sentirme sólo!
Al campo, en sombras envuelto,
huí con la pesadilla
del pavor entre mis nervios.
Corrí por entre las zarzas
del monte como si, ébrio,
buscase descanso al alma
con las fatigas del cuerpo.

¡Ojos grandes de la noche!
 ¡Ojos llenos de misterio!
 Entre mis labios la sangre
 alivió el frío del hielo.
 Entre la boca llevaba
 sabor de sus labios muertos.
 Monte arriba, noche arriba,
 por la noche sin senderos,
 llena de sangre la cara,
 jadeante como un perro,
 mientras cuchillos del monte
 se clavaban en mi cuerpo,
 iba huyendo de mi mismo.
 de su amor, de mi recuerdo,
 ¡y de la frialdad terrible
 de sus pobres labios muertos!
 Un año ya y me parece
 que ante mis ojos la tengo.
 Después... que digan las coplas
 «que to muere con el tiempo!»

M A R

VI

¡POZOBLANCO!

¡Pozoblanco, Pozoblanco!
 Guadalquivir y Guadiana
 por tí se están separando...
 Arroyo que al sur asoma
 pidiendo a las linfas riego;
 de un vientre de tierra toma
 la frescura de una loma
 que al Cuzna regala luego.
 ¡Pozoblanco, Pozoblanco!...
 Casas, Alamos, Condesa...
 ¡Tu raigambre cordobesa,
 hondo y albo!...
 Mi pueblo tendido al sol,
 sol que apuñala la pena;
 Pozoblanco, girasol

que ha robado el arrebol
 al sol de Sierra Morena.
 ¡Pozoblanco!...
 Desde la Romana
 vienen los mozos cantando...
 De Pedroches, galanura
 y amor, que le dió reposo
 al norte, confin hermoso
 que se pierde en la llanura,
 viene la brisa más pura
 saltando de flanco en flanco,
 desde la cumbre al barranco,
 dando al viento celestial,
 un canto que hace inmortal
 ¡la gloria de Pozoblanco!
 ¡Pozoblanco, Pozoblanco!
 Guadalquivir y Guadiana
 ¡dos ríos por tí llorando!

VII

IV

M A R

Mar lejano y añorado,
 fresco marisco en la playa...
 Mar que huele a yodo cuando
 suda mi piel la nostalgia.
 Lejos de tí mar que encierras
 un puro frescor de plata.
 lejos de tí se derrite
 mi calurosa añoranza.
 ¡Ay, mar con velas latinas!
 ¡Quien pudiera echar el ancla
 y quedar, pleno de estío
 entre tu espuma de nácar!
 ¡Ay, mar sin fin, comba y cielo,
 con gaviotas estáticas!...
 Mar que en sus olas arrulla
 con su caricia de áncoras
 de las sirenas cantoras

sus plateadas escamas.
 Dejarme abrazar quisiera
 por tu linfa, fresca y blanda,
 y mirar al cielo mientras
 el corazón se me baña.
 Mar lejano y añorado
 ¡Que puro frescor de plata!

VIII

ROMANCE DE LOS MINEROS DE PEÑARROYA

El esfuerzo de tus hombres
 está escondido en las lomas.
 La gasa obscura del humo
 de tu carbón, Peñarroya,
 asciende a un cielo infinito
 como un jirón de tu gloria.
 Carbón, carbón en la entraña
 de tu tierra se atesora;
 carbón, carbón en el vientre
 que das a luz, generosa,
 recompensando el esfuerzo
 de los gigantes que ahondan
 de luz del sol fugitivos
 cada vez más en tus lomas.
 La tierra que ha de guardarlos
 ya los guarda desde ahora.
 Romance de los mineros
 atlantes de Peñarroya.
 No hay oro para pagarles
 su cautiverio de sombras.
 No hay caricias femeninas
 que recompensen la obra
 de estos hombres que le exprimen
 a la tierra, gota a gota,
 toda su savia escondida,
 toda su riqueza ignota.
 Romance, bello romance
 minero de Peñarroya.

Ufánense otras ciudades
 con otras ejecutorias;
 las ciudades marineras,
 las aldeas labradoras,
 los villorrios que escribieron
 una página de historia...
 La lección de los mineros
 atlantes de Peñarroya,
 héroes de un naufragio eterno,
 de un océano de sombras,
 El sacrificio es anónimo.
 Pero a cambio de él... ¡la gloria!
 La gloria que España vierte
 sobre tu alcor, Peñarroya.

IX

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

Aquí yacen los seres que pasaron
 gozando y padeciendo por la tierra...
 Aquí estan, sepultadas bajo el polvo,
 lágrimas, alegrías y tristezas,
 ilusiones, dolores, sufrimientos,
 ambiciones, inviernos, primaveras...

Todo aquí yace en paz en un profundo
 silencio. Y entre lúgubres endechas
 del viento en los cipreses, van pasando
 los héroes inmortales de leyendas,
 los pobres, los oscuros, los mendigos,
 los ricos, los avaros, los poetas,
 los que hicieron el mal a su hermanos,
 los que hicieron el bien a manos llenas,
 los que lloraron por la vida ingrata,
 los que gozaron de la vida buena,
 los que vivieron mieles y triunfos,
 los que arrastraron por el mundo penas...

Aquí yacen los hombres redimidos
 acariciados por la blanda tierra.

Aquí duermen pacíficos sus sueños
los muertos que, aunque muertos, algo esperan...

¡Y como ríe el sol en las mármóreas
losas que esconden podredumbres ciertas!
¡Qué tímidos los rayos de la luna
brazos de mármol de las cruces besan!
¡Qué paz y qué silencio! Pasan siglos
y siglos y los muertos algo esperan...

¡Aquí yacen los seres que pasaron
gozando y padeciendo por la tierra!

XI

X

SAN JUAN BAUTISTA

Angeles de Palestina,
como abejas, a libar
la gracia en la Flor Eterna
raudos van
a la orilla del Jordán...
Un clavicordio de linfas,
un monocorde croar,
un polvo reseco y la
gran turba de pecadores
alrededor de San Juan.
Una salmodia de azules
canciones resonará,
río abajo con las aguas
que purificadas van...
Un lento Jesús se acerca.
Se humilla, ante El, San Juan.
Las arpas bíblicas cantan
un concierto sideral.
Y la voz del Padre Eterno
porque se pueda escuchar,
se hace murmullo suave
en la rosa de un rosal.
Alza la frente del polvo
que Cristo te espera, Juan.

Que ya está dentro del río
 y tú le has de bautizar.
 Angeles de Palestina
 de testigos servirán.
 No pienses, Juan, en los bailes
 que Salomé trenzará
 sobre un suelo de rubies
 que en tu cuello ha de brotar.
 Dios le sonrie al Bautista
 a la orilla del Jordán...

XI

POEMA DE NAVIDAD

Jesús va a descender a su pesebre...
 Va a hacerse, como yo, tímido y pobre,
 el hálito nevado de las cumbres
 se clavará en la carne del Dios-hombre.
 Dios lo ha pensado bien. Y no ha querido
 la Primavera en su eclosión de flores,
 ni el dulce Otoño con su hojas muertas,
 ni el cantar de la tórtola en el roble,
 ni el grato murmurar en los arroyos,
 ni el viento que se mece por los bosques...
 El cierzo helado para sus mejillas
 y las estrellas en la cruda noche.
 Y una mula y un buey de alientos tibios,
 un padre humilde y una madre joven.
 Despreció los tesoros de los reyes
 buscando sólo el corazón del hombre.
 Ni siquiera encuentro caliente nido
 para sus manos que crearon soles.
 Le presentaron cartas credenciales
 —valija de zamarra— unos pastores.
 De algún reino cercano de majadas
 Dios escogía sus embajadores.
 De su mundo sin fin, del Universo,
 tan solo de una estrella los fulgores.
 Acababa un Infante, en un establo,

de dar luz a las sombras de la noche.
.....
Pequeñito, mi bien, alba de arcángel,
sonrisa celestial, Amor de amores,
Jesús tan tierno, delicado y niño...
¿Dónde guardas, estío, tus calores?
¿A dónde, primavera, la sonrisa
perfumada y sutil, de tus primores?
¿Y el canto de las fuentes y el arpegio
divino de divinos ruiseñores?
Jesús va a descender a su pesebre.
Nieva en las cumbres y en los corazones.
Un incendio de Amor sobre la tierra
¡Un incendio de Amor para los hombres!

PRIMAVERA Y TRES HOMBRES DE CORDOBA

I

FERIA DE MAYO

Rie la loca girándula
con su corazón de fiesta.
La alondra de las campanas
con su alegría parlera,
deja que los ruiseñores
se desposen en la siesta.
Siesta de Mayo y orgía
de azahar en Primavera.
La siesta del sol de Mayo
en las calles cordobesas.
—¡Garbansos tostaos!... ¡Garbansos!...
Una dulce soñolencia
se esconde por los rincones
y se duerme en las plazuelas,
mientras que el sol en los arcos
del Puente pone canela;
mientras a su flujo brillan

los velones de Lucena;
 mientras las pestañas líricas
 de una hembra que solea
 en pálpito de nostalgia
 de amores se desmadeja.
 Hasta la Feria de Mayo
 se nos duerme en esta tierra
 en un desespere dulce
 sobre las sábanas frescas.
 Y mientras van a los toros
 los arlequines de seda
 y dejan su huella grave
 alguaciles en la arena,
 Córdoba va despertando
 suavemente de la siesta
 y suavemente se marcha
 a pasear por la Feria.
 ¡Garbansos tostaos!... Sin prisa;
 que Córdoba es muy serena.
 Lo de la loca girándula
 fué una manera correcta,
 para iniciar el romance
 de esta tierra tan discreta.

II

CRUCES Y PATIOS

A

La flor a la Cruz se abraza
 con un místico recato.
 La sombra del patio huele
 a los claveles del año.
 Una arpegiosa calandria
 se suspende del tejado
 y se columpia, graciosa,
 en un haz de jaramagos.
 Hay una cruz con claveles
 bermejos y entre sus brazos

lleva prendido el perfume
 —¡qué tierno perfume blanco!—
 de unas mocitas que huelen
 a primavera y a nardos.
 Toda la planta del cielo
 sobre la noche en el patio.
 Polvo sideral y pólen
 de amor sobre el empedrado.
 Toda la plata celeste
 está el nocturno libando,
 que en un solar de plateros
 la planta cae de lo alto.
 ¿Hay algo como la noche
 cordobesa en nuestros patios
 mientras el «montilla» canta
 su gracia de oro en los vasos;
 mientras el bordón solloza;
 mientras el enamorado
 apaga su sed bebiendo
 el agua fresca en los labios?...
 ¿Hay algo como la noche
 cordobesa en nuestros patios?...

B

La Cruz preside... La Cruz
 que es el amor. En el albo
 crespón del descendimiento
 está el beso plateado
 de un rayo de luna blanca
 que se desliza, callado,
 sin que le asuste el ruido
 de Terpsícore danzando.
 Y este es el bello poema
 de las cruces y los patios.
 De las noches cordobesas;
 de los amores cantados;
 de las guzlas suspirantes;
 del musitar de los labios;
 de la ilusión que desfila

lentamente hacia el ocaso
 de nuestras vidas, sin darse
 cuenta de que cada paso,
 va abriendo el surco de tierra
 del amor amortajado,
 de la alegría que ya es pena,
 del pelo negro que es blanco,
 de la sonrisa que es mueca,
 de la ilusión que es engaño:
 pero, en fin, ¿qué copla es esta
 para una noche de Mayo?
 Hay una Cruz con clavales
 bermejos y entre sus brazos
 un perfume de mocitas,
 de primavera y de nardos.
 Lluve amor de las estrellas
 y el vino canta en el vaso.
 ¿Qué importa que todo dure
 lo que el perfume del nardo?...

III

NOCTURNO

Casco fuerte de mi jaca
 sobre el macadán piafando...
 por la esquinas de Córdoba
 yo iré de noche cantando...
 Potra del Guadalquivir,
 de algún olivar cercano;
 por las ventanas de Córdoba
 ya me estarán esperando.
 En Santa Marina encuentro
 una copa y un remanso
 ¡te envuelven, áspera Córdoba,
 gasas de silencio blando!
 Casco fuerte de mi jaca;
 ritmo en el limpio empedrado...
 Por los barrios cordobeses
 yo iré de noche soñando...

Un ciprés en Santa Clara
y en el Realejo un fandago;
¡Por las esquinas de Córdoba
iré de noche llorando!

IV

POEMA DE ABDERRAMAN III

**Colmado mientras estuvo en
la tierra de todos los favores
celestes, estará en la vida
eterna entre los justos.
(El Korán. Cap. XVI. Ver. CXXIII)**

En él se complacía Addalá, el Bien Amado.
Su sonrisa era pura y sus músculos fuertes.
Su gran amor, las tierras ubérrimas de Córdoba.
Su admiración, el brazo del árabe valiente.
Aún siendo moro, Cristo dormía entre sus venas;
Que de un seno cristiano, recibió vida ardiente.
Aprendió en el Korán que elevado sería
Hasta un grado sublime, como todo creyente.
Abderramán, Califa de lirismos secretos,
Viviendo soledades entre patios que duermen
El sopor del verano de la querida tierra,
O el estallido grato, primaveral, perenne.
Abderramán, sufriendo su Esteban de Gormaz.
Alhandega y Simancas con cristianos reveses
—Jaime en Valdejunquera, chirimías en Burgos—
San Pedro de Cardeña por Mahoma y sus huestes...
Fastuoso y sencillo, humilde y poderoso.
Vencedor y vencido, disciplinado siempre.
Soñó con las doncellas coránicas que orlaban
De aromoso laurel sus nobles sienes;
Doncellas de ojos grandes, amor del Paraíso
Que prometió el Profeta a los hombres valientes.
El jura por la Estrella, la Estrella que se esconde,
Y en el nombre de Alá, el alto Dios Clemente,
Entregarse a la gloria de Córdoba la Bella

Que entre amor y azahares en su grandeza duerme.
 El sueña en los jardines del Edén con sus ríos
 Que acarician el silbo de los altos cipreses.
 Y mientras dulces aguas del Tasnín le refrescan
 El ardor clamoroso que palpita en sus sienes,
 Va bebiendo los vinos más puros y sellados
 Que prometió Mahoma de fabulosas fuentes.
 Abderramán Tercero... Mimbre enjuto y altivo.
 Poderoso Califa de todo el Occidente
 Si mamaste la leche de las cristianas ubres
 Y respiraste el áura de naranjales verdes
 Y las aguas del Betis arrullaron tu oído
 Y bordaste tu cielo de palmeras celestes
 Y recitaste versos a las brisas del río
 Que lame en mansedumbre los muros cordobeses.
 Si adornaste tu jaique de bermejos madroños
 Dulcemente cogidos con tu mano más fuerte
 Y allá, desde las cumbres, oteando el paisaje,
 Una sombra de orgullo te acarició la frente;
 Abderramán Tercero... Nieto del Bien Amado,
 Tu Córdoba suspira, melancólica y ténue,
 Entre guzlas que cantan tu gloria de Califa
 Y nostalgias cristianas que en los siglos se pierden...
 Versículos coránicos, favores te prediquen
 Abderramán Tercero, Califa de Occidente.

V

ROMANCE A DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE

Brisa del tiempo no borra
 la huella de tu pisada.
 Viento de siglos las hojas
 de tu recuerdo no arranca.
 Siguen jugando en el aire
 piruetas de tus palabras
 que después se hicieron fórmulas
 en la lengua castellana.
 No pastor de paz bucólica;
 no romero de aguas mansas;

no campo de recto surco;
 no lluvia tierna que empapa.
 Ciclón, tormenta, arco iris,
 crepúsculo de girándula,
 rumor del Guadalquivir
 en la fronda de tus páginas.
 Aquella estación florida
 de «Soledades» abstractas,
 fué, en la misa de tus versos,
 por tu expresión consagrada.
 Tus «Soledades» brotaron
 de tu cerebro, hechas plata;
 de tu corazón, candela;
 de tus manos filigrana.
 Si barroca tu cultura,
 simple y popular tu alma.
 Tu cerebro es arquitecto
 cuando tu espíritu canta.
 Agil torero que burlas
 al toro de la metáfora
 después de abrirle un chiquero
 con cerrojos de Gramática.
 Eres ancho mar que ruga
 y humilde arroyo que pasa;
 ruiseñor de áspera higuera
 que vuela a las cumbres águila.
 ¿Se encuentra, acaso, tu estrofa
 asistida por la gracia
 lírica y santificante
 de un ángel breve con arpa?

.....

Luis de Góngora, camino
 de la belleza que habla.
 Luis de Góngora, falseta
 trémula de la Palabra.
 Verbo encendido en la pira
 de la pasión culterana.
 Luis de Góngora, barquilla
 donde reman los que aman.

Se abren los cielos de Córdoba
 y los poetas te ensalzan:
 quién no te entienda se queda
 sin saber lo que es la gracia.
 Luis de Góngora, camino
 de los poetas que cantan.

VI

EL DUQUE POETA

Fué liberal, apuesto y aristócrata.
 Fué popular, fué clásico, elegante.
 En las fuentes de Homero y de Virgilio
 la frescura encontró de sus romances.
 El vetusto museo de Talía,
 entre el mosaico de sus maquillajes,
 en el arcón dorado de los tiempos
 guarda la gloria de sus personajes.
 Prendido entre los vuelos de su capa
 un ritmo azul se trajo de Versalles.
 Tenía una finura diplomática
 y una arrogancia de oficial de Flandes.
 Y cuentan que la gracia toreadora
 de un caballero de andaluces lares.
 ¡Valiente Duque liberal de España!
 Brazo en las Cortes del cercado Cádiz
 que aborrece al francés y al rey de España
 desprecia altivamente por cobarde.
 ¡Quién lo viera paseando la elegancia
 de su figura en las estrellas calles
 de Córdoba, en el siglo diecinueve,
 o recitando quedo madrigales
 junto a los hierros de cualquier ventana
 donde el amor bajo la luna nace!
 ¡Quién lo viera en los riscos de Hornachuelos
 por los picachos donde anidan aves,
 dando forma al Romanticismo hispano
 que fértil en su noble frente arde!
 ¡Quién lo viera entre peñas del Bembézar

soñando su Don Alvaro gigante,
 descansando a la sombra recoleta
 del solemne convento de los Angeles!
 ¡Quién lo escuchara componiendo versos
 por aquellas terribles soledades
 diciendole a las breñas solitarias
 la canción fatalista de la tarde...
 ¡Valiente Duque liberal de España!
 Clásico, popular, fino, arrogante...
 Poeta desterrado de su tierra,
 poeta de tragedias inmortales.
 Córdoba teje hoy, por tu recuerdo,
 una corona de laurel y azahares
 y engarzada con versos de poetas,
 entre las gloria de sus madrigales,
 a tí, Duque poeta, te la ofrece
 ¡Y que la ciñan en tus sienas ángeles!

A LA COPLA AL CANTAOR

I

LA GUITARRA

I

CURVA de amor, caricia en tu cadera
 Siempre esperando un brazo que te ciña.
 ¿Eres niña-mujer o mujer-niña?
 ¿Eres amor que muere... amor que espera?...
 La hondura de tu vientre, primavera.
 Embarazo feliz de mil canciones.
 Un quejido solloza en tus bordones,
 Un suspiro se duerme entre la prima
 Y nace en tí, guitarra, la divina
 Floración del Amor entre tus sonos.

II

Juerga. Latido. Copla. Brindis. Vino.

Sonrisas. Fiesta. Soleá. Cantares.
 Hondura. Movimiento. Soleares.
 Pena. Muerte. Traición. Amor. Destino.
 Fiebre. Deseo. Perdición. El sino...
 Ojeras. Madrugada. Borrachera.
 Misa. Campana. Alba. Primavera.
 Remordimiento. Luz. Incienso. Cera.
 Y en lento salmodiar, bajo la parra.
 De un son indiferente en la guitarra
 Que en un rincón hasta otra juerga, espera...

III

Murmura el rezo que salmodia el río.
 Y las canciones que aprendió del viento.
 En la guitarra está el terrible acento
 «Que no puede aguantarse»... en el jipío.
 Es pasión y tormento, fiebre y frío.
 Armoniza un pecado en un recodo.
 Sube hasta los altares desde el lodo.
 A los hombres inspira tentaciones.
 La misma muerte vive en sus bordones...
 ¡Con decir que es Mujer se dice todo!

II

LA MALAGUEÑA

«...y arrastrando su cola por el fango
 la malagueña viene de rodillas.»

(J. Izquierdo)

EL PARTO de un suspiro —sal y yodo—
 El fatir rumoroso de las olas.
 El fragante pregón de las biznagas
 Y una eclosión azul de blancas rosas.
 El mágico croar de una guitarra
 Que preludia verdiales en la fronda.
 Perfume verdiazul, gloria latina...
 ¡Málaga, cantaoral!

Doliente, en el Perchel, nace la pena.
 Vibrante, en el Perchel, nace la copla.
 Desmelenada, con los pies desnudos,
 Se marcha hacia Sevilla y vuela a Córdoba.
 Se siente deslumbrada en soleares...
 ¡Pero la malagueña viene sola!

La malagueña viene de los mares,
 Plata de boquerones en su cola,
 «Penca de mil jazmines» en su aliento,
 Azul de buganvilea en su corona.
 Y es alada y etérea en su destino,
 Y trae la espuma de las blancas olas,
 Los pregones que nacen en sus barrios
 Y el albiazul eterno de sus rosas.

¡Málaga, que a inglesa huele
 ¡Málaga, la cantaora!

III

CANTE POR SERRANAS

BRONCA, alada y profunda la divina
 Exclamación del cantaor que llora
 La llamada ancestral de amor que implora...
 ¡Pájaro atravesado de una espina!

EN la falseta con angustia trina
 Un ocaso de vieja raza mora,
 O el nómada perfil de cantaora
 Faraónica estirpe peregrina.

¿Quién podrá rastrear ese secreto
 Que brota en la garganta como un reto
 Hacia los cantos todos de la tierra?...

¿Quién, sin estremecerse, escucha el hondo
 Bramido que ha nacido allá en el fondo
 Del corazón de un hombre de la sierra?...

IV

A JOSE MORENO «ONOFRE»

CUANDO cantas, José, de ardor se llena
 Vida que se hace surco en tu mejilla.
 ¡Por ti muere de amor la «siguiriya»!
 ¡Cuando cantas, José, mueres de pena!

Y es porque, en cada cante, tu alma estrena
 Florecida, bucólica y sencilla
 Un pasional latido en el que brilla
 La ardiente luz de tu garganta plena.

SE hace niña tu voz cuando suspira
 Tercios de un cante sideral que gira
 Como el amor con la mujer más bella...

Vuela, José, tu cante estremecido
 Y se eterniza en el calor del nido
 Del ángel de la copla, en una estrella.

V

LA SAETA

En tu rostro va el dolor
 y en tu corazón la pena.
 No llores, Madre de Dios
 que ha florecio una azucena
 en tus mejillas en flor.

DE PRONTO se para un hombre
 y, cara a cara, con Dios,
 sencillamente, le canta
 secretos del corazón.
 Le basta con cinco versos,
 cinco plegarias en són,
 cinco dardos que se quiebran
 en el llanto de su voz.
 Le sobra con un jipío,

una esquina y un dolor.
 —Si vienes a mi sangrante,
 herido voy a ti yo.
 La calle de la Amargura
 la recorreremos los dos.
 ¡Que grande es, Señor, que un hombre
 venga a pedirte perdón
 oliendo a azahar y a vino
 mientras se deshoja en flor
 la rosa de sus pecados
 en la gracia de tu Amor.
 «En la calle la Amargura
 Cristo a su Madre encontró...»
 En la calle la Amargura,
 roto el cristal de una voz,
 primavera entre clarines,
 ritmo y pena, sueño y són.
 Primavera en primavera,
 flamenco enloquecedor
 estentóreo que se eleva
 buscando en la calle a Dios.
 «No se pudieron hablar
 de sentimiento y dolor...»
 Y así pasa en Primavera
 en esta tierra del sol:
 que, de pronto, en la saeta,
 ¡Se encuentran un hombre y Dios!

VI

TIEMPO DE NAVIDAD FLAMENCA

GUITARRA y estrella.
 Luz Fría en el són.
 ¡Qué noche tan bella
 para mi canción!
 Escarcha en la rama,
 aprisco y olor.
 Los pastores cantan...
 ¡En la noche el Sol!

No duermas, aunque no tengas,
 mi guitarra, un cantaor,
 que esta Noche hay que cantarle
 serranas al Niño Dios.
 No temas, María;
 primas y bordón
 serán tus sollozos,
 tus quejas de amor.
 No temas, María
 delante de Dios.
 Que suene la gaita,
 que cante el pastor;
 parirás un Hijo
 María, sin dolor.
 ¡Ay, sol de poniente!
 ¡Ay, Sol de mi Sol!
 Que luzca la prima,
 que rime el bordon,
 Enciende, por tierras y mares
 hondas soleares
 en mi corazón!...
 Dejemos la puerta abierta
 para que traiga el ciclón
 un arpegio de guitarras
 en la Voz del Niño Dios.
 Guitarra y estrella
 flamencos en són.
 ¡Qué Noche tan bella
 para mi canción!

CANCIONERO DE SIETE CANCIONES

I

CANCION DE ABRIL

En abril el agua es milagrosa.
 Capaz de convertir un tímido capullo
 en una rosa...
 En abril sabe cantar el agua

con su voz impostada en monocordes
murmullos del arroyo...

En abril sabe el agua
en un rostro de Virgen
disfrazarse de lágrima.

En abril sabe el agua
perfumar el romero
y nevar en la jara.

Y ser gota divina de rocío
para aliviar la sed de una calandria.

En abril
al pensil
aguas mil...

Agua para el naranjo nevado de azahares
que perfuma la guzla que suspira en la fuente;
agua para el regato que prestará sus gotas
de rocío

a los bermejos claveles.

¡Agua para la sangre
ardiente!...

El agua es la canción del tierno Abril.

Y en Abril
al pensil
aguas mil...

II

NOCHE DE LLUVIA

¡Qué pena que no vengas
esta noche de lluvia!...

¡Qué dolor que no vengas!

¡Te aguardo como nunca!

Como nunca te espero
esta noche tan bella en que no hay luna;
en que a las hojas canta madrigales
la lluvia...

En que la tierra moja
sus raíces profundas...

(Esta noche tan bella

sin la indiscreta luna)
 En que el lecho caliente, sobre el jardín,
 y mis libros en la sala en penumbra
 claman por el amor,
 invitan a la música
 o a escuchar en silencio
 la voz de terciopelo de la lluvia
 que en las hojas entona
 su salmodia nocturna...
 ¡Qué pena que no vengas
 esta noche sin luna!

III

ALAMEDA QUE CRUZAN

Alameda que cruzan
 mis pies, sin rumbo fijo...
 Azota con tu viento
 mi rostro triste y curtido.
 Alameda,
 alameda de todos mis caminos.
 Voy caminando curtido por los soles
 de mi sed de infinito,
 de mi hambre de sueños,
 de mi destino.
 Tierna alameda que eres
 para la joven brisa un nido,
 para mis pies, un surco;
 para mi amor, un nicho.

IV

LA VIUDITA

Yo soy aquella Viudita...
 ¿Quién no se acuerda de mí?...
 Por los montes voy llorando,
 montes de Benamejí.
 Yo soy aquella Viudita

del pobre Conde Laurel...
 ¿Y ahora que haré,
 tan solita
 si se murió mi doncel
 (¡mi doncel que era más bello
 que el viejo Conde Laurel!)

.....
 ¿Que porqué quiero casarme...?
 ¡Por miedo a la soledad!
 Porque mis labios son frescos
 —soy rocío en el rosal—
 y mi corazón ardiente
 —soy agosto en el trugal—
 y son mis pupilas glaucas
 y es cadencioso mi andar...

.....
 Viudita que quiere casarse
 pronto y no encuentra con quien.
 Mariposilla clavada
 en la espina del querer.
 Esa es la pobre Viudita
 del viejo Conde Laurel.

V

EN UNA NOCHE DE ESTIO

Que ilusión remar, remar...
 en una noche de estío.
 Que ilusión remar y amar
 y zambullirse en el río...

Y con la piel remojada,
 bajo la luna, soñar...
 Con el alma enamorada
 de noche y de amor, nadar...

Nadar...; pero dulcemente.
 Que sea un blando deslizar.
 El agua estará caliente

de sol y podré cantar.

En una noche de estío,
qué ilusión remar, nadar...
y en la corriente del río
cantar, cantar y cantar...

VI

EL ARCANGEL DE CORDOBA

I

LLUEVE... Brisa perfumada
de caminos...
Blanda tierra
que se hace aroma
en la sierra
de cielo y agua
empapada.
Llueve...
Sutil, reflejada
en la linfa
del vergel,
la silueta de un doncel,
llanto de flor
que deshoja
—cuando luz de sol
le arroja...—
¡Jesús a San Rafael!

II

La luz... El sol.
Los caminos.
El pez. El polvo.
Los días.
El milagro de Tobías.
Los jóvenes
Peregrinos.

Sol irisado en divinos
destellos.
El alma presa
en el misterio.
Y en esa
sombra de alas.
Protectora,
sigue el alma,
soñadora,
¡de la tierra cordobesa!

VII

L A B A R Q U E R A

A los álamos se suben
por verte pasar, barquera,
todos los mozos del pueblo
en todas las primaveras.

¡Barquera, barquera...
que en la otra orilla te esperan!

En las esquinas estrujan
el limón de la paciencia
por ver la caricia lúbrica
del viento en tu falda trémula.

¡Barquera, barquera...
que en la esquinita te esperan!

Barquera de ojos azules
como la mar en que remas.
Florece en tus labios rojos
un fuego de primavera.

Barquera, barquera...
que habrá coplas en tu reja...

Barquera que pasa el río,
va derramando azucenas...

Se mueren de amor los mozos
 pegados a las riberas:
 todo el perfume de mayo,
 Barquera,
 quedó prendido en tu trenzas.

VII

LA BARQUERA

A las almas se abren
 por verte pasar, Barquera,
 todos los mozos del pueblo
 en todas las primavera
 ¡Barquera, Barquera...
 que en la otra orilla te esperan!

En las espaldas estrujan
 el himno de la paciencia
 por ver la caricia líbica
 del viento en tu falda tremula.
 ¡Barquera, Barquera...
 que en la espaldas te esperan!

Barquera de ojos azules
 como la mar en que remas.
 Florece en tus labios rojos
 un fuego de primavera.

Barquera, Barquera...
 que habrás copias en tu vejez...

Barquera que pasa el río,
 va deteniendo zancas...